

# Capítulo 27 - Luces Pálidas

- [Capítulo 27 - Luces Pálidas](#)

# Capítulo 27 - Luces Pálidas

En cuanto a los planes, poseían la virtud de la sencillez.

—Entonces vamos a asaltar al hombre —dijo Tristan con un tono entre divertido y burlón—.

—Con respeto —insistió Cressida—. Él sabe cómo abrir una de las puertas; lo viste justo como yo. Por la mañana, siempre sale sin esa chica Someshwari con la que hizo un trato, así que podemos atraparlo y hacer que hable.

—Luego, ¡lo estamos robando! —le recordó Tristan, con los labios temblando ligeramente—. ¿Estás segura de que yo soy el que hace de rata aquí?

—El aroma no miente —replicó Cressida Barboza sin apartar la vista—.

Maldita sea. Ella seguía aciertos tras aciertos, pero él no iba a detenerse. Algún día cometería un error, y esa sería la ocasión perfecta para superarla, lo que convertiría en aún más dulce ese triunfo. Aunque ambos coincidían en que su objetivo no volvería hoy al torreón, acordaron encontrarse en Scryptown a las seis de la tarde.

—No logré averiguar nada sobre la Someshwari, pero Silumko pertenece a la Cuadragésima Novena Brigada —comentó Cressida—. Nunca he visto a otros cabalistas seguirlo hasta Scryptown, pero mejor mantener los ojos bien abiertos por si acaso.

—Supongo que tú también lo seguiste —musitó Tristan.

—Todos tenemos nuestras fortalezas —respondió la noblewoman, luego le midió de arriba abajo—, o al menos eso supongo.

—Como robar carteras —sonrió el ladrón—. No esperaba esa habilidad de ti, Lady Cressida.

—¿Has conocido a muchas chicas nobles? —devolvió Cressida con una sonrisa igualmente fingida.

A más de uno, tal vez, al menos desde el Dominio. Pero no pensaba decírselo.

—¿El linaje Barboza ha atravesado algunos años difíciles?, —preguntó Tristan con tono ostensiblemente empático.

Ella se tapó la oreja con la mano.

—¿Escuchas eso? —preguntó Cressida—. Es el sonido de la navaja a punto de salir, o más bien, de que casi la saco yo.

—Sólo estábamos conversando —mintió Tristan.

Si recordaba bien, el profesor Iyengar la había señalado como “lusitana” en la primera clase del Mandato. Nunca había oído hablar de ese pueblo, pero la palabra le parecía vagamente ligada a Lierga. Algo que valdría la pena investigar, si lograba encontrar alguna fuente de información, como, por ejemplo, un demonio antiguo de una conspiración obsesionada con secretos a quien se dirigía a realizar un trabajo mal pago. Como si intuyera algo, Lady Cressida Barboza frunció el ceño con dureza.

—El problema de profundizar demasiado, Abrascal, es que termina cavando una tumba para que te empujen en ella —advirtió.

Tristan pensó con una sonrisa satisfactoria, pero eso solo sería un problema si nunca aprendías a excavar tu camino para salir.

—

¿De dónde son los lusitanos?

Hage levantó las cejas. Era la expresión facial favorita del diablo, que usaba con frecuencia y con gran eficacia—. Eran cejas extraordinarias, Tristan tenía que admitirlo, bien cuidadas y llamativas. Empezaba a sospechar que el diablo las arreglaba y pulía regularmente.

—¿Me parece que parezco un atlas, muchacho? —preguntó Hage.

—No pareces muy útil —coincidió el ladrón.

—Si quieres más que insultos, haz que valga la pena —dijo el diablo.

Tristan no vaciló, sabiendo exactamente qué clase de moneda buscaba su maestro.

—He formado un pacto con Lady Cressida Barboza para colaborar en infiltrarnos en la torre oculta —anunció—. Podría involucrar un robo, de forma respetuosa, claro.

Hage asintió satisfecho con la información suministrada.

“Lusitania,” dijo, “fue una de las Sitiadas más al sur.”

Tristán dejó escapar un silbido. Cuando cayó el Segundo Imperio, vastas regiones de su territorio central quedaron engullidas por la Gloam en cuestión de días, cuando la Trigésima Tercera Traición azotó la cuna del imperio. Sin embargo, si solo esas tierras se hubieran perdido, Liergan quizás habría logrado recuperarse —quizás no como un imperio que gobernara el mundo, pero sí como un reino que pudiera igualar a las grandes potencias de las noches modernas.

Solo que la catástrofe no se detuvo; invasiones y guerras civiles arrasaron las tierras ahora conocidas como Vieja Liergan, dejando solo vestigios. A medida que se prolongaban las Guerras de Sucesión, toda la mitad sur del continente quedó sumida en la oscuridad, salvo por algunos reductos fortificados: las Sitiadas. Pequeños focos de Luz rodeados por reinos vacíos y dioses locos, siempre a punto de ser aniquilados.

“¿Fue? ¿Qué le sucedió?”

“Cayó en 71 Velas,” dijo Hage. “No obtuviste mucho con rumores imprecisos, pero añadiré esto: que toda esa historia estuvo relacionada con la primera convocatoria de la Guardia en más de un siglo.”

“No sé qué es eso,” admitió Tristán.

“Una llamada —” dijo Hage, “para que todas las guarniciones, compañías libres y aliados de la Guardia en un radio de un año de viaje del origen, movilicen toda su fuerza y marchen allí lo antes posible.”

Así, un tipo de calamidad que causa pesadillas para el resto de la vida. Solo Cressida Barboza no pudo haber nacido en Lusitania antes de su caída, a menos que ocultara con discreción sus veintinueve años. Lo más probable es que hubiera nacido en exilio, tras la caída de su familia, convertidos en refugiados. Un ángulo que podría valer la pena explorar.

“Mephistopheline volvió a meterse en la crema,” dijo Hage, con indiferencia. “Lo mejor es sacar el cubo y el jabón, vomitó una cosa particularmente pegajosa.”

Más tarde, con tristeza, Tristán lanzó una mirada de traición hacia el culpable, quien se desplomó de espaldas en una negación formal de haber tirado una botella de crema del estante solo para lamerse demasiado de ella y escupir en una esquina. Por tercera vez en dos semanas.

“Miau,” intentó Mephistopheline, alegando que todo fue pura casualidad.

“No sé ni cómo logras llegar allá arriba,” murmuró Tristán, arremangándose. “Eres como una gran y gorda forja, imposible que puedas saltar hasta allí.”

Y fue a limpiar el vómito. La labor de una Máscara nunca terminaba.

--

En el encuentro de Scryptown, se prepararon minuciosamente para el día siguiente.

El Segundo día sería Clase de Saga, una asignatura que Tristán lamentaba perder, pero las necesidades lo exigían. En realidad, ninguno esperaba que sometiéndolos a los Malani fuera tan difícil; la verdadera dificultad era no perderlos antes de que desaparecieran en el santuario. Silumko, le comentó Cressida, había llegado a Scryptown hace dos días, alrededor de las siete de la mañana. Siempre venía del sur, bordeando el bosque con una amplia margen. Luego, desayunaba en alguna de las tiendas de la ciudad fortificada, se lavaba las manos en el pozo y se dirigía a la torre.

Ella había escrito todo eso en un pequeño cuaderno con letra ordenada, algo que a Tristán le costaba no encontrar encantador.

“Él lleva un girocóptero de plata que usa para orientarse en el patio de chatarra,” añadió Cressida. “No estoy segura de qué hace exactamente, pero nunca lo he visto acercarse a un lemure.”

“Entonces, nosotros le seguimos,” dijo Tristán.

No le importaría seguir los pasos del hombre dos veces en un día, si tuvieran espacio para alojarlo.

“Lo mejor sería solo atraparlo cuando esté en la torre del pie,” estuvo de acuerdo. “De lo contrario tendremos que cargar con él. Tengo esposas para sujetarlo — ¿tienes alguna arma que no deba matarlo por accidente?”

Implication que ella no tenía ninguna. Algo a recordar.

“Un bulto,” respondió el ladrón. “No parecía mucho de pelear, si lo sorprendemos, me gustan nuestras probabilidades.”

“Lleva al menos dos granadas,” advirtió Cressida. “Solo tenemos una oportunidad para hacer esto de manera limpia.”

Acordaron tres señales manuales — ataque, espera y retirada — y decidieron montar una vigilancia durante la noche, uno de ellos siempre despierto para vigilar la puerta principal. No podían permitirse perder de vista a Silumko; si lograba entrar en el santuario, estaría fuera de su alcance hasta que él quisiera salir. A menos que simplemente encontrara la forma de ingresar a la torre y dejarlos atrás. Tras una rápida inspección de las puertas del santuario, el ladrón hizo averiguaciones.

“Las mantienen cerradas con alguna especie de cerradura etérea,” dijo la noble. “Tiene herramientas plateadas que le permiten manipularla, pero ganzúas no sirven de nada.”

“¿Alguna vez entraste en el santuario?” preguntó.

Se sacudió la cabeza.

“Intenté por las tuberías, pero hay rejas,” dijo Cressida.

“Usando sellos explosivos,” añadió él. “Es posible atravesar — y nuestro posible instructor ciertamente lo hizo, porque en el interior del que visité había una trampa preparada.”

La miró, impresionada a regañadientes y completamente reacia a admitirlo.

“No pudiste avanzar más adentro?”

“Creo que es una máquina etérea que controla las puertas,” dijo Tristan, “y si las tuberías están rotas, deja de funcionar. Cualquier santuario al que puedo acceder de esa manera sería un callejón sin salida desde el principio.”

“El santuario en el que trabaja Silumko tiene tuberías intactas,” observó Cressida. “Eso refuerza tu teoría. ¿Qué tan seguro estás de que el instructor fue quien colocó la trampa?”

“A menos que nuestro amigo Malani deje notas burlonas acompañando sus trampas, no es su obra,” respondió Tristan.

Cressida pareció pensativa.

“Entre eso y las varas de las flores, casi parece una prueba demasiado dura,” expresó ella. “No puedo evitar sentir que algo nos estamos dejando en el tintero.”

“No estoy tan seguro,” dijo Tristan, “pero aquí va una cosa sobre esas varas de flores: los salinos en ellas se desvanecen. Esto significa que alguien debe colocarlas allí regularmente. Y si ninguno de los dos vio nada durante las horas diurnas...”

entonces, probablemente, fue durante la noche,” concluyó Cressida. “Eso... Hacerlo una vez podría ser posible, con algo de suerte, pero hacerlo regularmente? Hasta un veterano vacilaría al intentarlo.”

Los lemures allí afuera no eran una broma, como él mismo había comprobado.

“Ya sea que nuestro instructor no tema a los lemures, o que tenga alguna forma de evitarlos,” estuvo de acuerdo Tristan.

Considerando que eran Krypteia y no Skiritai, esto último parecía mucho más probable. Con el paso de las horas, tenían claro un esquema de plan y algunos planes de contingencia para las fallas más probables, aunque había un aspecto que Tristan consideraba lamentablemente vago.

“¿Realmente no sabes nada sobre el Someshwari?” insistió.

“Solo vino una vez, el sexto día pasado, y estuvo una hora cerca de la torre, se encontró con Silumko cuando él iba para allí. Hablaron y parecían haber llegado a un acuerdo. Hasta donde sé, no ha vuelto a Scryptown desde entonces.”

“Está lleno de juguetes, así como tú lo dices”, observó Tristan. “Podría ser que ella esté proporcionando herramientas o fondos a cambio de un puesto en la clase, cuando él tenga una vía de ingreso.”

“También es mi suposición”, dijo Cressida, “pero solo una conjetura.”

Dejó el tema allí, permitiendo que la conversación girara hacia los turnos de vigilancia para vigilar la puerta principal. Sin embargo, en el fondo de su mente, las ruedas giraban en silencio. Una reunión, la apariencia de una alianza y algunas suposiciones. Era una base delgada para creer que las otras Máscaras estaban en sintonía. Además, Silumko solía estar solo junto a la torre y no parecía un guerrero entrenado, mientras que Cressida ciertamente lo era: tenía una espada y las callosidades adecuadas para alguien que sabía usarla.

Ella podría hacer esto sola. Sería más arriesgado, sin duda, y esa era razón suficiente para incluir a Tristan. Pero eso era una medida de seguridad, un sobrante. No una necesidad, y por tanto, no comparable a su entusiasmo por formar una causa común con él que había mostrado en aquella tienda de paella.

¿Entonces qué no le estaba diciendo?

--

Silumko de la Brigada Veintinueve paseaba por las puertas principales de Scryptown justo a las siete horas con cuatro minutos, llevando un sombrero de ala ancha y aquel abrigo de combate cosido a mano.

Avanzaron mientras Malani compraba su acostumbrado pan de manzana en el puesto callejero, saliendo por la puerta trasera y ocultándose en la chatarrería donde tenían una buena línea de visión a la salida. Momentos después, se dirigía hacia afuera, con una gran bolsa colgada a la espalda y también con un mosquete. No había tenido ese arma ayer. El Malani se movía con seguridad, pero no tan cauteloso como debería haber sido: seguirlo era tarea sencilla.

Cada minuto o poco más, sacaba ese giroscopio plateado del que había hablado Cressida, observándolo durante unos segundos y a veces cambiando de dirección bruscamente. Luego, aproximadamente a mitad de camino hacia la torre, se dirigió directamente a la izquierda, sin siquiera mirar primero su dispositivo.

La pareja estaba confundida, pero sabía que era mejor no hablar allí, así que siguieron lo más de cerca posible. Tristan no había sabido qué esperar, pero no aquello con lo que se encontraron: una sombra atrapada. Una trampa de oso enterrada en la arena oxidada la había atrapado por la pata, y aunque parecía no sufrir demasiado dolor, tampoco había podido huir.

El lemure alto parecía delgado en la luz plateada de la mañana, como un espantapájaros tembloroso, y reaccionó con ira cuando Silumko se acercó. El Malani dejó su mochila y empezó a rebuscar en ella. Sacó un manojo de trapos, de entre los cuales extrajo tres frascos de vidrio. Dos estaban llenos de líquidos translúcidos, el tercero vacío y más grande. Con manos hábiles, el hombre mezcló parte del líquido de los dos frascos en el tercero, después taponándolos todos y guardándolos, excepto la mezcla — que agitó, luego desbloqueó y lanzó en dirección a la sombra tanto el frasco como el contenido.

Qué desperdicio de buen vidrio.

"¿Veneno?", susurró Cressida.

Era más silencioso que el fusil, pensó la ladrona, si Silumko quería una muerte silenciosa. Pero Tristan no estuvo convencido y resultó tener razón en sus sospechas. Parecía que Cressida podría haber tenido razón cuando la sombra, al principio, chilló de disgusto, pero luego se calmó y tras cinco minutos dejó de moverse por completo. Solo entonces, Silumko deshizo la trampa y sacó de su bolsa esposas y bozal. Los colocó en la sombra y ajustó un arnés improvisado con cuerda antes de ponerlo en ella.

El Malani dejó escapar un suspiro profundo y se puso en marcha, con el lemur arrastrado tras él.

—Bueno —dijo Tristan secamente, fuera de vista— eso sin duda lo facilitará para seguirlo.

No solo Silumko había reducido notablemente la velocidad, sino que además dejaba un rastro literal tras de sí.

—¿Para qué necesita la sombra? —preguntó Cressida.

Tristan no sabía, pero si tuviera que adivinar, seguramente estaría relacionado con las razones por las que el Malani podía entrar en la iglesia, pero claramente no en la torre. ¿Serán los varillas florales más que un medio para hacer el viaje peligroso? Si un lemur era necesario para resolver algún tipo de acertijo, tendría sentido que facilitaran su captura. Aún es temprano para saber si todo era una coincidencia.

Seguir al Malani hasta el final fue casi sin esfuerzo; además, tenía otros beneficios: Silumko consultaba su giroscopio con tanta frecuencia que ni siquiera se molestaba en devolver la herramienta plateada a su sitio en la espalda, y aunque el camino era serpenteante, no lograron ni siquiera vislumbrar otro lemur. Cuando llegaron a los terrenos de piedra alrededor de la iglesia, tuvieron que dejar que el hombre avanzara un poco más, ya que las opciones para ocultarse eran más escasas.

Afortunadamente, tuvo que arrastrar una sombra por unas escaleras, por lo que estuvo algo distraído.

La pareja dio la vuelta a la izquierda, moviéndose de pilar en pilar, a la sombra de las tuberías. Durante más tiempo del que a Tristan le habría gustado y, además, resultó bastante complicado: los caltrops que el Malani había colocado el día anterior los obligaban a hacer desvíos continuos. Tristan empezó a preguntarse si la finalidad de aquellos objetos sería más que atrapar a los incautos: quizás sirvieran para ahuyentar a quienes se acercaban con sigilo.

De cualquier modo, en pocos minutos estaban en posición. Una sección colapsada de la tubería en el suelo impedía ver completamente el interior desde cerca de la entrada de la iglesia; Tristan y Cressida quedaron en espera dentro. Unos doce segundos más tarde, Silumko soltó el arnés y se inclinó hacia adelante, con las manos en las rodillas. Jadeando y con el rostro enrojecido. El Malani no era tan alto como Tristan había pensado al principio — ni siquiera un pie completo más alto —, evaluó el ladrón al estar más cerca.

El hombre de ojos grises levantó una ceja en dirección a Cressida, mientras buscaba su taser, y ella asintió. Es mejor que termine esto ahora. Un pesado gemido los detuvo en seco.

Silumko empezó a maldecir y huyó apresuradamente del sombra que se había despertado, luchando por liberarse de sus ligaduras. La sombra se agitaba de forma ineficaz, pero la máscara seguía en pánico, tropezando con su propia bolsa y gimiendo mientras su mosquete se hundía en su costado. Esperaron un minuto completo mientras el Malani luchaba por abrir su equipo y preparar su brebaje, antes de arrojarle la vasija al lemur retorciéndose. Tristan, en privado, reconoció que comenzaba a sentirse más confiado respecto a las probabilidades de completar la

operación sin contratiempos con ese hombre.

—Ahora —murmuró Cressida.

Pero una vez más, se detuvieron cuando Silumko—de pie, con un aspecto despeinado a pesar del corte de pelo—, se giró hacia las escaleras y observaba atentamente algo. La pareja intercambió una mirada frustrada y se quedó en espera. El Malani hizo señas a quien fuera que estuviera mirando, y aquí comenzaron las complicaciones. Un hombre de mediana edad, con capa negra y uniforme de guardia, un Lierganense armado con espada y mosquete, apareció en escena. Llevaba un pesado paquete y las franjas de teniente en los hombros.

“Los habituales no deben intervenir en los enfrentamientos estudiantiles,” susurró Cressida.

Tristán escupió con desdén.

“Si tú crees eso, tengo una bonita mansión en Pandemónium que puedo venderte.”

El oficial permaneció allí conversando con Silumko durante unos momentos, sus voces demasiado bajas para captar las palabras, hasta que se tomó una decisión. La Malani acercó a la lemurina inconsciente hacia las puertas del santuario, mientras el vigía apoyaba su propia mochila y sacaba un recipiente grande de hojalata. Lo desenroscó, luego sacó un amplio pincel.

Sin más preámbulos, sumergió el pincel en el recipiente y comenzó a trazar una línea de pintura roja. Después de tres golpes, quedó claro que era para circunscribir la totalidad de los santuarios. Como si quisieran marcarlo como fuera de límites, una de las pocas reglas en vigencia en la isla. Tristán frunció el ceño.

“¿Has visto alguna vez a esa teniente en Scryptown?” susurró.

“No,” susurró de vuelta Cressida. “Pero no conozco a todos los oficiales allí. Aunque ese uniforme es de verdad.”

“No hay forma de que la torre esté realmente fuera de límites,” dijo el ladrón. “Entonces, supongo que la pregunta es...”

“¿Sobornar o falsear?” terminó ella, con tono pensativo. “Mientras no estoy segura de si habría consecuencias por trazar una línea roja falsa para un estudiante, probablemente sí las habría para un vigía.”

Tristán tarareó.

“Si nuestro amigo allí abajo tuviera la cantidad suficiente para un soborno que hiciera que un teniente arriesgara su rango, creo que no tendría necesidad de aliarse con la chica someshwari,” afirmó. “Mi apuesta es a que es falso.”

Es probable que sus cosméticos estén aplicados con tanta destreza que puedan engañarlo incluso a distancia, pero Tristan no era tan arrogante como para pensar que sus ojos no podían ser

engañados.

“Suenas correcto,” susurró Cressida, luego arriesgó una mirada rápida. “De aquí puedo dispararle.”

Tristán parpadeó.

“¿Perdón?”

“No es una toma difícil y él se mueve predeciblemente,” dijo Cressida.

Parecía preguntarse si debía sentirse insultada o no.

“La sorpresa no radica ahí,” replicó la ladrona con franqueza. “Aunque no sea un vigía, sigue siendo un estudiante.”

“No voy a apuntarle a la cabeza,” dijo malhumorada. “Un disparo en la pierna—”

“Sería sentencia de muerte aquí,” afirmó Tristan. “Lo sabemos ambos. Sangre y la incapacidad de correr? No volverían nunca a Scryptown.”

“Pensaba que las ratas callejeras de Sacromonte eran sanguinarias asesinas con cuchillos de carnicero,” frunció Cressida el ceño.

Él rodó los ojos. Campesinos.

“Son los confederales,” respondió él. “Aunque entiendo que los cuchillos de carnicero son más bien simbólicos.”

“Ustedes cortan manos y las cuelgan al revés para sangrar,” afirmó Cressida con expresión severa. “¿Y ahora se niegan a disparar a una pierna?”

“Eso son las coterías,” dijo Tristan. “Apuntáis a Murk, al menos, pero ¿parezco yo alguien que rompa piernas?”

“Más bien alguien que las rompe,” replicó ella con desdén. “¿Qué eres, si no uno de esos?”

“Porque no temo usar el asesinato como introducción a la conversación,” respondió él. “Una cosa es molestar a los Malani para obtener información, otra muy distinta es dejar a un estudiante sin previo aviso. Primero deberíamos intentar negociar.”

“Perderíamos la ventaja de la sorpresa,” dijo Cressida.

“El vigía falso no importa, lo que importa es Silumko,” reaccionó él. “Aún podemos atraparlo y tomarlo como rehén. Supongo que quien sea ese en rayas de teniente no puede entrar en el santuario sin nuestro amigo Malani, igual que nosotros.”

La noblewoman escarneció.

“Que no hubiera tendido la mano si hubiera sabido que serías tan delicado,” dijo Cressida.

Eso tenía un deje de verdad, lo cual pinchaba un poco, aunque era algo pasajero. Había venido aquí en busca de resultados, no de falsas consolaciones. El ladrón no dijo nada, simplemente levantó una ceja. Ambos sabían que ella estaba demasiado involucrada para retroceder. Incluso si disparaba aquella bala, nada le obligaba a ayudarla. Quizá incluso preferiría que ayudara a Silumko a someterla a cambio del camino abierto.

“Está bien,” refunfuñó ella. “Voy a alcanzarlo. ¿Puedes distraerme, al menos?”

“Hecho,” respondió Tristan. “Esperaré treinta segundos antes de entrar.”

“Hazlo un minuto completo,” gruñó Cressida.

Tristan se agachó, echando una mirada larga hacia atrás para ver cómo ella desaparecía en la sombra de un pilar sin hacer un sonido. Su mirada recorrió el suelo mientras contaba mentalmente los sesenta segundos, encontrando lo que necesitaba y apretando los dedos alrededor de ello. Silumko estaba desenrollando una funda de cuero con herramientas plateadas, concentrado en ellas, mientras el vigilante pintaba enérgicamente de rojo. Cincuenta y ocho, cincuenta y nueve, sesenta. Tristan se levantó lentamente, examinó la distancia y gimió con la muñeca.

La piedra suelta que había recogido golpeó al oficial en la parte posterior de la cabeza, una verdadera joya de golpe.

El vigilante gritó de dolor, aunque Silumko giró hacia él con alarma, pero Tristan terminó siendo el más sorprendido de todos — incluso cuando el oficial se sujetó la parte trasera de la cabeza, su piel se estremeció y luego explotó en humo. Se disipó en corrientes, dejando al descubierto a una furiosa muchacha Someshwari de la misma estatura y vestida igual. Contrato.

“¿Qué demonios—?”

Tristan salió de la tubería, llamando la atención de ambos.

“Perdona,” sonrió, con tono excesivamente falso. “Estaba limpiando mi roca y mi mano simplemente resbaló—”

La Someshwari bajó su mosquete en su dirección. Observó que era apenas unos centímetros más baja que él, pero más ancha de hombros y más musculosa. Con el cabello recogido en cuentas, dejando su frente al descubierto y en rizados que bajaban por la espalda, ojos gris oscuro — más oscuros que los de él — y labios gruesos curvados en una expresión de enojo.

“¿Quién diablos en las Ruedas eres tú?” demandó.

“Mi nombre,” afirmó con gravedad, “es Lord Ferrando Villazar, de la Casa Villazar. Estás en presencia de—”

“Joder.”

Ambos dirigieron la mirada a la oradora, Silumko, que levantó las manos mientras Cressida estaba detrás de él, presionándole una pistola contra la garganta.

“—una distracción,” concluyó Tristan con fluidez. “¿Y cómo debería llamarte, mi gentil dama?”

“Ira,” respondió la Someshwari, parpadeándole con coquetería. “Tienes modales excelentes, Lord Ferrando, pero esto me parece un ataque completamente injustificado.”

“Bonito rojo que trajiste,” replicó Cressida con sequedad. “Deja la escopeta en el suelo, ahora, o acabaré con tu amigo.”

“Por favor, no,” gimió Silumko.

Su acento era tan marcado como una tabla, pero en su mayoría se entendía bien. Sin duda de Uthukile, aunque eso confirmaba que las cuentas no solo eran una reverencia de fachada.

“No dispararás a él, Barboza,” resopló Ira. “Si pudieras entrar en la capilla ya lo hubieras hecho. Él también es tu camino hacia adentro.”

“Traje a un cerrajero y sus herramientas están en mano,” dijo Cressida. “Pruébame.”

La Someshwari lo miró de reojo.

“¿Eres cerrajero?”

“Mis talentos son variados,” respondió Tristan con solemnidad.

Ella soltó una risa nerviosa, pero sus ojos estaban fríos como el hielo. Miró de reojo entre ellos, considerando.

“Entonces, si cambias de bando, te pagaré el doble,” dijo Ira. “No importa quién me abra la puerta.”

“Ira, maldita perra,” sollozó Silumko.

Intentó luchar, pero Cressida le clavó la pistola en el cuello y eso lo calmó. Tristan levantó una ceja.

“¿Tienes diez ramas contigo?” preguntó.

“No puede ser que ella te haya pagado cinco piezas de oro”, regateó Ira.

“Tres,” admitió Tristan. “Pero lo haré por ocho.”

“Yo puedo con ocho,” sonrió la Someshwari.

Tristan hizo un gesto de disculpa hacia Cressida con la cabeza, como diciendo que lo sentía, y giró para enfrentarse a ella, acercándose sigilosamente a Ira. Siempre manteniendo la vista en esa escopeta, que se había acercado un poco más a su cómplice pero aún podía apuntarle en un abrir

y cerrar de ojos.

"Villazar, tú traicionera perra," soltó Cressida con ira. "Debería haberte sabido que te volverías contra mí."

"Ninguno de ustedes puede entrar en la torre sin mí," gritó Silumko, claramente en pánico. "El dispositivo de éter dentro del santuario está dañado y soy el único que sabe cómo repararlo de emergencia."

"Voy a suponer que eso implica sujetar esa sombra en alguna máquina de apariencia siniestra," dijo Tristan.

El otro hombre carraspeó.

"No es solo eso," replicó la malani defensivamente.

"Vamos, Barboza," retó Ira. "Mátalo. Imagino que romper una de las pocas reglas estrictas en Tolomontera te colgará y luego me tomaré mi tiempo para ocupar ese puesto."

Tristan buscó en la mirada de Cressida una señal de sus próximos movimientos. No estaba seguro de poder enfrentarse a Ira en combate, aunque probablemente podría desarmarla al menos de su escopeta. Ya tenía su látigo oculto en la manga, pero la ladrona no parecía dejarlo acercarse lo suficiente para usarlo. Si lograba colocarle un pistolón en la espalda, eso marcaría la diferencia, permitiéndoles dictar las condiciones a los otros dos, pero el instante aún no llegaba —los ojos de Cressida se abrieron de par en par, siendo la única advertencia que tuvo.

Ira blandió la escopeta en su dirección, apuntando con precisión, y jurando bajo su aliento, Tristan se soltó. Solo que ella no apretó el gatillo; en cambio, giró en dirección a los otros dos y disparó, haciendo que Silumko y Cressida se agacharan para evitar el fuego, sin poder ver que Ira había disparado por encima de sus cabezas. Una jugada de distracción —se dio cuenta incluso mientras Silumko se escabullía de Cressida y comenzaba a correr. Maldita sea, pensó, mientras se levantaba nuevamente y Cressida lanzaba un disparo que hizo que Ira se ocultara tras un pilar.

"Yo me encargaré de ella," gritó Cressida, "toma el—"

No escuchó el final de la frase, sino que se lanzó a interceptar a la malani antes de que entrara en el depósito de chatarra. El hombre alto gruñó al darse cuenta de que no había escapatoria, y se alcanzó el cinturón mientras la ladrona acortaba la distancia. Silumko fue rápido en sacar su arma, pero Tristan fue un segundo más veloz: su látigo golpeó el codo del hombre justo cuando sacaba su pistola, haciendo que la pieza adornada con perlas cayera al suelo con un estruendo.

El malani chilló de dolor y la ladrona retrocedió, preparándose para un golpe en la cabeza, pero Ira fue a por él de inmediato.

Se había transformado en un oso de siete pies de altura, con músculos tan pesados que la manga de su uniforme se desgarró. Tristan hizo un semi-agachado para esquivar su golpe, pero su puño le tocó la barbilla, como si lo hubiera pateado un caballo: su cabeza se lanzó hacia atrás y, cuando

parpadeó, se encontró en el suelo, boca arriba. Ira, habiendo vuelto a su verdadera forma y con el humo flotando a su alrededor, luchaba por defenderse del sable de Cressida, blandiendo una daga y gritando continuamente.

Tristan, en un acto de visión y coraje, se levantó de rodillas y se dio cuenta de que su cabello estaba libre, su gorra había desaparecido, y vio que Silumko le hacía frente en la misma dirección. Por el moretón horrible en su mejilla, parecía que Cressida había golpeado con fuerza al Malani con la concha de su guardia. Silumko extendía la mano hacia la pistola que había dejado caer, ahora reposando a mitad de camino entre ambos.

"Armisticio", propuso Tristan, disimulando mientras metía la mano en la otra manga. "Podemos dejar que ellos resuelvan su pelea."

"En efecto", dijo Silumko. "No seamos salvajes."

Un latido después, lanzó su daga justo cuando el Otro Máscara se lanzaba hacia la pistola; la hoja se perdió entre la tela de su abrigo. Silumko levantó la arma en un gesto de triunfo, pero Tristan le dieron una patada, arrancándosela de las manos. El otro hombre gritó con rabia y se lanzó hacia él sin armas. El ladrón intentó agarrar su mazo, pero el Malani le golpeó antes de que pudiera asestar un golpe, y ambos terminaron rodando en el suelo. Tristan, contra un pilar, lanzó una maldición y le dio un codazo en la nariz.

"Que no sea la cara", se quejó Silumko, arrodillándose para darle una patada en el estómago.

"Pues entonces, que no sea el vientre, maldito idiota", jadeó el ladrón.

Atrapó la muñeca del Malani cuando intentó golpearlo en la cara otra vez, arañando sus ojos, aunque solo logró arañar su mejilla en su lugar. En pánico, Silumko estampó sus frentes contra las de ambos y, en una mala posición, ambos se retorcieron en la tierra, gimiendo de dolor. Tristan arrugó la nariz. ¿Estaba sangrando? No, la sangre en sus dedos no era suya. El Malani tenía un hemorragia nasal por aquel codazo. Ambos se levantaron de rodillas, con las piernas tambaleándose, pero entonces los ojos de Silumko se abrieron de par en par al ver algo detrás de él.

"¡Detente!", gritó Silumko. "¡DETÉNTE!".

Tristan empezó a correr sin mirar atrás. Algo rozó la parte trasera de sus talones, confirmando la prudencia de su decisión, y casi tropieza con Silumko, que tropezaba intentando darse la vuelta.

"¡BLOODS!", gritó Silumko. "¡Tenemos BLOODS!".

Tristan echó un vistazo hacia atrás y vio un ser de horror: se movían en dos patas y tenían forma humana, más o menos, pero ese torso excesivamente ancho no tenía cuello ni cabeza. Los hombres sin cabeza tenían pequeños ojos oscuros dispersos por su abdomen y una boca como una grieta, que bajaba en una línea irregular, llena de dientes afilados y tentáculos que parecían lenguas negras estiradas.

Dios, pensó Tristan, al ver al más alto de los blems—casi de ocho pies de altura—chupar un tentáculo que se extendía al menos unos doce pies. Dios, ese monstruo fue lo que casi le había agarrado el pie. Silumko se había resbalado al tropezar, dejando caer su sombrero, y por el gemido de dolor, parecía haberse lastimado la pierna. Tristan apretó los dientes, levantándolo y tomando sin pensarlo su sombrero de ala ancha caído.

"¡Muévete, idiota!", le gruñó.

"Es un esguince", gimió Silumko, pero se levantó.

Tristan se apresuró, casi corriendo, pero los hombres sin cabeza eran tan altos que podía sentir el suelo temblar detrás de ellos, mientras un tentáculo extendido emitía un húmedo sorbo y gritos de los blems se alejaban, retirándose. Se había topado con los pinchos de caltrop, pensó con alivio tonto.

"¿Cuánto se tarda en abrir el santuario?", preguntó Tristan, alargando su paso. "No podemos perderlos corriendo".

"Unos segundos", susurró Silumko. "He preparado la cerradura de éter, solo tengo que abrirla".

Los segundos eran lo que habían ganado con las caltrops, ya que la picadura no distraía mucho a sus perseguidores. Los hombres sin cabeza no parecían gran cosa, en comparación con algunos de los leremures que había allá afuera, pero había una razón por la cual eran tan temidos: esas criaturas eran prácticamente inmunes a la muerte. A menos que los partieras en dos o les lanzaras un cañón, no había mucho que pudiera mantenerlos en el suelo por mucho tiempo.

— ¡Llévalo a la puerta! — gritó Ira, y en ese momento resonó un estruendo como un trueno.

La Someshwari había disparado su mosquete contra los leremures, aunque para ellos eso sería apenas una picadura de una mosca. Cressida, la ladrona, observaba cómo apuntaba su pistola, evaluando el tiro. Cuando estaban a unos pocos pasos de las herramientas, Silumko se impulsó y le empujó algo en la mano a la ladrona.

— ¡Ralentíenlos! — jadeó la Malani, alcanzando las herramientas.

Los dedos de Tristan se cerraron sobre una bola de hierro fundido con mecha, una granada. Mejor que intentar hacerle un disparo. Sin pensarlo demasiado, se puso el sombrero para liberar las manos y empezó a buscar fósforo, encendiendo uno incluso mientras sonaban dos disparos más. No es que las balas hicieran mucho más que enfurecer a los blems, uno fue tras Cressida mientras el otro intentaba atrapar a Ira antes de que se escondiera tras un pilar.

El que estaba más cerca de las puertas era el objetivo del lanzamiento de la granada.

— ¡GRENADA! — gritó.

No lo dijo lo suficientemente fuerte y no escuchó el clic que hizo detrás de él, mientras Silumko sollozaba de alivio al ver cómo se comenzaban a abrir las puertas. Un instante después, hubo un

estallido de polvo y una luz pálida, ambos lermures chillando de dolor. Cuando Tristan abrió los ojos, con colores bailando en su visión, vio que la piel de las criaturas parecía quemada en parches. Por el lado positivo, eso hizo que los blems se retiraran por un momento.

En el lado negativo, eso despertó a la sombra, y la criatura estaba muy enojada.

Ira estaba corriendo hacia la puerta, se dio cuenta, y Cressida también. Así que tocaba a él, maldita sea, si querían avanzar dentro. Tristan agarró el arnés de cuerda y resopló con esfuerzo al comenzar a arrastrar a la furiosa sombra hacia la iglesia, mientras los otros Masques pasaban corriendo a su lado, los blems chillando de furia. La boca de uno se abrió, solo para que las puertas se cerraran bruscamente tras el pie de la sombra, con un golpe sordo contra el metal del otro lado.

Resonó un furioso golpe contra la puerta, pero el sonido era amortiguado y el metal ni siquiera vibró.

Los cuatro Masques permanecieron allí en la oscuridad un instante, solos con una criatura terriblemente enfadada, hasta que Ira encendió una linterna y sus rostros quedaron iluminados. Se intercambiaron miradas, algo desconcertados, hasta que la ladrona carraspeó.

— No devolveré el sombrero — declaró Tristan con firmeza.

—

Con dos hombres sin cabeza golpeando en la puerta y una sombra prácticamente descontrolada allí dentro, ninguno de ellos pensó que reanudar la pelea fuera una idea sensata.

Después de arrastrar a la sombra a un rincón alejado de ellos, los cuatro se dispersaron y se ocuparon de su propio bienestar. No llevaba un botiquín, pero tenía por lo menos tela y sudor suficiente para limpiar la sangre de Silumko fácilmente. Ofreció revisar la pierna del hombre, sospechando que llevaba un esguince, pero solo recibió una mirada fría.

— Es justo — admitió Tristan.

Fue Cressida quien sugirió claramente que hicieran una tregua oficial hasta que abandonaran la iglesia, argumento reforzado por los golpes continuos en la puerta. La propuesta fue aprobada por unanimidad, y la tensión se alivió un poco, aunque solo un poco. Silumko había estado viniendo allí días, con agua y seis linternas de mimbre baratas, ambos recursos compartidos.

Tristán había preguntado cómo sería el interior del santuario—las habitaciones propiamente dichas, no ese armario embellecido en el que lo había convertido—y quedó verdaderamente impresionado al iluminarse las lámparas lo suficiente como para poder explorar el lugar.

El corazón de la sala era un altar de bronce colosal, tallado con la imagen de una procesión de zorros persiguiendo estrellas fugaces, sin llegar a clavarles ninguna presa. Los bancos de mármol pálido se orientaban hacia el centro, formando círculos que irradiaban desde el epicentro, y el techo estaba cubierto con ríos retorcidos de bronce que parecían fluir en todas direcciones. En las

esquinas, cerca de la parte posterior, se encontraban dos puertas cerradas, aparte de las compuertas principales.

Ambas permanecían cerradas, y según Silumko, probablemente seguirían así a menos que se le permitiera “continuar con el trabajo”.

“Esto no parece obra de los Antediluvianos, salvo por la elección del metal,” observó Cressida.

“No lo es,” respondió Ira. “Los reyes de la antigua Sologuer construyeron estos santuarios sobre las obras de los Ancestros. Creían poder extraer poder de lugares como estos.”

“Lo que hicieron fue mutilar la maquinaria de éter,” refunfuñó Silumko. “Hay canales por todas esas paredes que han sido redirigidos. No es de extrañar que toda esta instalación esté prácticamente destrozada.”

El hombre había estado callado y casi apurado, pero ahora que llevaban quince minutos en el interior y nadie había sacado un cuchillo, se mostraba mucho más comunicativo.

“¿Redirigidos hacia dónde?” preguntó Tristan.

“Hacia ese altar ostentoso,” dijo el Malani. “Es hueco. Supongo que para algún tipo de ritual.”

El ladrón suspiró.

“¿El penacho va adentro, verdad?”

Él no negó nada.

“Mi teoría,” afirmó Silumko, “es que solían poner personas allí, pero cualquier cosa conectada con el éter debería servir. Sé cómo manipular los controles, pero la energía siempre se dispersa. Creo que debe atravesar con éxito el altar para que las puertas se abran, conectando ambos lados.”

“¿Y un lemure funcionaría?” preguntó Cressida.

“Supongo que explotará después de unos segundos, así que la ventana será breve, pero sí,” respondió Silumko.

Ira observaba fascinada.

“¿Y si en lugar de eso colocaran a alguien dentro del altar?” preguntó.

“No tengo idea,” dijo el Malani. “No soy un Sabio. La mecánica éterica es mi área de especialización, no las partes carnosas.”

“¿Estás absolutamente seguro de que eres una Máscara?” bromeó Tristan. “Pareces más un Tinkerer.”

Y si eso lo hacía un poco más divertido para que siguiera hablando, mejor aún.

“Fui reclutado por envenenar toda una rama de la Casa Gumede con su propio artefacto de pruebas de veneno,” respondió Silumko sin rodeos. “Tienen una recompensa por mi cabeza, y tanto la Krypteia como otros dependen de contar con saboteadores y la capacidad de ocultarme.”

Un breve instante de incomodidad pasó.

“No esperaba realmente que respondieras eso,” admitió el Sacromontano.

Silumko se encogió de hombros.

“No es un secreto tan bien guardado que no pueda llegar a conocerse,” dijo, aclarándose la garganta. “Dejando de lado asuntos personales, todos tenemos interés en llegar a la torre. ¿No me permitirías abrir el camino?”

Hubo cierta vacilación, pero en realidad todos estaban curiosos y no había demasiado más que pudieran hacer, considerando que tendrían que esperar a que pasaran los blems. Se pusieron de acuerdo y comenzaron a preparar todo juntos. La sombra fue sometida a la fuerza con la culata de los mosquetes antes de que Ira y Cressida la arrojaren al altar, algo que habría parecido de mal gusto si la criatura no fuera un monstruo con garras que quería devorarlos a todos.

Silumko, tambaleándose, pidió a los dos que cerraran el altar sobre la sombra y se puso a despertar la maquinaria de éter. La mayor parte del trabajo consistía en abrir compartimentos ocultos bajo decoraciones de bronce en las paredes para manipular los dispositivos en su interior, luego arrodillarse en la plataforma baja junto al altar y señalar una palanca que parecía simple, como oro fundido.

“Tira de eso con mi palabra,” instruyó a Tristan.

El ladrón asintió. Silumko levantó una herramienta plateada que parecía un gancho opaco en el extremo de una barra, y luego se dirigió con pasos torpes hacia la puerta a la izquierda del muro trasero. Frunció el ceño, la insertó en una pequeña cerradura lateral y solo entonces exhaló con alivio.

“Ahora,” dijo Silumko.

Tristan tiró de la palanca, que sorprendentemente aún estaba bien engrasada tras todos estos años. Tras un parpadeo, se oyó un clic y el aire vibró. La luz recorrió el techo como venas de bronce mientras la sombra gritaba dentro del altar, pero el ladrón apenas le prestó atención: sus ojos estaban en Silumko. El Malani giró delicadamente su muñeca y luego soltó un sonido de júbilo cuando resonó un suave siseo y la puerta de piedra se deslizó abierta. Ira, que había sido instruida para estar lista con la piedra más grande que pudieran encontrar, la colocó en el camino de la puerta en caso de que intentara cerrarse de nuevo cuando-

Se escuchó un chasquido como una salpicadura húmeda y las luces de bronce parpadearon y se apagaron.

“Mejor llevemos algunas linternas, parece,” dijo Cressida con sequedad.

Para su satisfacción común, la puerta no intentó cerrarse, por lo que no fue necesario arrastrarse por debajo ni esperar que la piedra se rompiera bajo una presión desconocida. Entraron con cuidadoso respeto en el interior del santuario, atentos a trampas, aunque resultó innecesario: las últimas personas que habían estado allí estaban mucho más interesadas en destruir el lugar que en custodiarlas. La luz de las linternas acariciaba las paredes de la amplia semi-circunferencia de la cámara, revelando cicatrices y grietas, mientras que casi todo lo demás en la habitación era escombros o restos. Había fragmentos retorcidos de bronce y una sorprendente cantidad de mármol negro, pero lo único que permanecía entero allí era una máquina cuadrada de acero.

Estaba en la cima de la semi-circunferencia, a aproximadamente la mitad de la altura de un hombre y con el mismo ancho, y pequeñas gotas de luz, casi como gotas, viajaban por su superficie.

“¿Otra máquina?” preguntó Tristan.

“No como ninguna que conozca,” admitió Silumko.

“Aquí,” llamó Ira.

Parece que Tristan había pasado por alto un detalle: a la izquierda del aparato había palabras escritas con tiza en la pared. Su estómago se tensó en cuanto se dio cuenta de que, como esa nota burlona que había encontrado en el otro santuario, estaban escritas en los cuatro idiomas más comunes de Vesper. Cressida levantó su linterna, se inclinó hacia adelante y leyó las palabras en voz alta mientras el ladrón apretaba una mejilla, preocupado.

“Si las luces están encendidas, paso de las ocho a las nueve del día siguiente. A través de la puerta roja.”

Tristan no era un señalador, pero esto le olía a una sola cosa en particular.

“Esa cosa te permite acceder a una capa,” dijo.

Era la única explicación lógica. La torre parecía estar presente solo a medias en los mejores momentos, así que la idea de que hubiera un camino dentro de una capa no le parecía del todo absurda. ¿De ocho a nueve, quizás? El ladrón observó a los otros, notando que sus rostros permanecían en blanco. Al menos hasta que uno de ellos rompió el silencio.

“Pueden considerarme fuera de la carrera, entonces,” suspiró Silumko.

Tristán le parpadeó hacia él.

“¿Por qué?”

“Me gustaría llegar a los treinta, Lord Ferrando,” dijo el malani. “Eso suele ser menos alcanzable cuando uno entra a ciegas en capas cuya base fue fundada a la sombra de Scholomance.”

Él se encogió de hombros.

“Hay otras clases, y todavía hay tiempo suficiente para encontrarlas,” comentó Silumko. “Buena suerte a todos en esta locura suicida. Si sobreviven y alguna vez desean intercambiar información, en la Casa Veintinueve me encuentren.”

Tristan lo observó con cautela, buscando una mentira y no hallando ninguna.

“Bastante justo,” reconoció el ladrón y le tendió la mano. “Ha sido un encuentro interesante.”

“Lo ha sido,” dijo Silumko, estrechándola.

La malani asintió hacia el otro, quien tras algunos titubeos respondió a su gesto.

“Ahora, si me disculpan,” dijo Silumko, “iré a echarme una siesta hasta que las blem no estén, y espero que no hayan destrozado mi mochila tanto como para acabar con la mezcla verdaderamente odiosa que ocultará el olor de mis heridas.”

Todos lo observaron alejarse con un leve tropezón, algo desconcertados. Ira fue quien rompió el silencio.

“Yo también he decidido retirarme,” tartamudeó. “Los peligros son demasiado grandes.”

Tristan resopló.

“Hasta mañana, Ira,” respondió.

La siguió tras Silumko, estirando los brazos. Cressida simplemente hizo una señal con la mano a la otra máscara y volvió hacia la sala del santuario.

--

Tardaron dos horas en que las blem se marcharan, acordando esperar un rato más, solo para asegurarse.

Tristan hizo trampa y hizo que Fortuna saliera a comprobar si aún estaban cerca, antes de ofrecerse como vigía y asegurarse de que no hubiera peligro aún. Su valentía fue muy alabada, Ira incluso elogiando el honor de la Casa Villazar. Ferranda iba a matarlo, pero simplemente resultaba demasiado divertido como para detenerse ahora. Aunque los cuatro llegaron con la intención de golpearse, extendieron una tregua en el camino de regreso a Scryptown y se unieron por seguridad en la senda.

Allí fue donde se separaron, y no en los términos que él hubiera preferido.

“Hemos abierto el camino hacia la torre,” le dijo Cressida de forma contundente. “Nuestra alianza ha terminado.”

Él entrecerró los ojos, desconfiado.

“Piensas que seré más fácil de manejar que Ira,” dijo.

La lusitana se encogió de hombros, sin negarlo.

“Deberías haberme permitido dispararle en la pierna,” dijo ella, y se alejó.

“Frío,” musitó Fortuna desde su lado. “Hay que respetarlo.”

¿Lo hacía él? No culparía por ello, la culpa no tenía lugar en esas cosas, pero tampoco la admiraba. Quizá debería. Sentía como si su filo se hubiera embotado desde que salió de Sacromonte, aferrándose a esto y aquello como si fuera un hombre en lugar de una rata. Corría por todo Port Allazei para dejar atrás la cabaña y ahora una parte de él sentía que también debería estar huyendo de este lugar. Solo que estaba atrapado en esa maldita isla, incapaz de partir y desaparecer entre la multitud.

Frustrante.

Dejó atrás Scryptown, primero pasando por la cabaña para notificar a la Decimotercera que aún vivía. Song omitió decirlo, como si le estuviera reprochando que no se hubiese molestado en escribir otra nota. Salió de la cabaña después de recoger comida fresca y polvo negro para volver al muelle. Allí escondió sus pertenencias en el ático tras dar vueltas durante media hora, asegurándose de que Cressida no lo seguía. Ella había demostrado ser lo suficiente hábil en ese arte. Solo en la cima se permitió relajarse, durmiendo unas horas y comiendo algo.

Fortuna se sentó junto a él mientras terminaba el último trozo de pan y pollo, observando una hormiga en el suelo. Sin duda, si tuviera forma física, estaría atormentando a esa pobre criatura.

“No pinta bien,” admitió. “La hora ya es conocida, así que los demás partirán lo antes posible y esperarán allí.”

Y no creía poder ganar en una pelea contra ninguna de las dos. Ira parecía ser el blanco más débil de las dos, pero aún así había logrado defenderse de una espadachina entrenada con cuchillo lo bastante para sacar su propia espada. Tristan dudaba que él hubiera podido hacer lo mismo.

“Podrías tender trampas,” sugirió Fortuna.

“Todos llegaremos lo más temprano posible,” gruñó Tristan. “No tendría tiempo.”

Si hubieran revisado el tablero, lo cual habrían hecho, sabrían que los lemures se reducían en el suelo alrededor de las seis de la mañana. Las seis y cuarto probablemente sería el mejor momento para partir, y por eso Tristan había estado considerando esa hora.

“Tampoco tengo los materiales para trampas,” admitió. “Los pocos fármacos en mi botiquín de médico no servirían.”

“Entonces trae matones,” dijo Fortuna con sarcasmo. “Pide ayuda a la Decimotercera.”

“No tiene sentido,” dijo él, sacudiendo la cabeza. “Mañana es miércoles. ¿Crees que Song cancelará por esto, le dará combustible a Profesor Kang para avivar el fuego? No, no hay otras opciones.”

La diosa le lanzó una mirada dorada.

“Literalmente hay dos personas más en tu grupo,” dijo Fortuna.

Sus dedos se tensaron.

“No.”

“No,” volvió a decir ella, con poca afectación.

“No,” gruñó él. “¿No lo entiendes, Fortuna? Si me acerco a ellos, me poseen. Admito que no puedo sola en esto, que necesito que permanezcan aquí. Song pensó que podía empujarme, y tuvo su momento. Si vuelvo a arrastrarme, ella me tendrá por la garganta.”

“Maryam—”

“Es mi amiga,” dijo él. “No mi guardiana, y no la vi intervenir esa noche cuando empezaron a balancearse. ¿Y tú?”

Ni siquiera la Dama de las Posibilidades Nunca Suficientes tenía suficiente valor para sugerir involucrar a Angharad Tredegar en los asuntos de las Máscaras solas.

“Wen,” finalmente dijo ella. “¿Su oficina en Tolomontera no es para ayudarte? Quizá tenga algún consejo.”

Tristan dudó.

“Ya me dio el Quimérico, o casi,” dijo. “Además, no necesito consejos, necesito una estrategia.”

Ella pareció querer discutir, y lo hizo. Él la ignoró a medias mientras salía de la casa, dirigiéndose al puerto. Era peligroso deambular demasiado con una recompensa todavía vigente sobre su cabeza, así que se mantuvo en callejones laterales, pero el aire lo ayudaba a pensar y, a pesar de sus defectos, Port Allazei seguía siendo en muchos aspectos menos peligroso que las Tinieblas. Solo que ni la brisa marina ni las calles le dieron respuestas.

“Wen,” insistió Fortuna, olfateando una oportunidad.

En ese momento, ya no se trataba solo de ayudarlo sino de ganar. De manera retorcida, eso le hizo considerar aceptar el consejo. El Capitán Wen tenía una forma de saber cosas que él—

“Eh,” murmuró Tristan.

“Has llegado a la sabiduría de mis palabras,” adivinó su diosa. “Justo como debe ser.”

“Wen una vez me dijo,” afirmó el ladrón, “que los Dosajes de Alvareno son lectura obligatoria para todos los Krypteia.”

“¿Y?”

“Sé quién es el instructor de las toxinas,” dijo Tristan, “lo que significa que sé quién venderá gabinetes de veneno.”

“Todavía necesitas colocar esas trampas con anticipación,” señaló Fortuna. “Intentaste la noche anterior, solo te conseguirás la muerte.”

Eso era un problema, sí, pero solo si permitía que esto se convirtiera en una carrera contra el tiempo. No tenía por qué ser así.

“ Cruzar durante la noche,” asintió, “será...”

“No puedes estar en serio,” dijo la diosa. “¿Quieres dormir allá afuera?”

“Ellos no podrán ganarme si ya estoy allí,” respondió Tristan, y de repente se dio vuelta.

Desde aquí conocía más o menos el camino hacia la Quimérica. Era hora de averiguar si Hage estaba dispuesto a desprenderse de su stock.

--

Los demonios representaban una clase particular de maldad. Tristan salió con una caja peor que la que había llevado en el Dominio, con solo dos platas sobrantes en su bolsa.

La mitad de lo que le quedaba lo destinó a localizar la Vigésimo Novena Brigada y a alquilar un equipo por un día.

--

Los guardias de Scryptown empezaban a reconocerlo a simple vista, un reconocimiento que le llevó a sobornar con monedas para saber que ni Ira ni Cressida habían regresado a la torre.

La suma doble garantizaba que mantendrían silencio sobre su paso por allí.

--

Para cuando la vigilancia de Vanesa marcó las cinco de la mañana, Tristan no había dormido más de quince minutos seguidos, aunque Fortuna había estado vigilando toda la noche. Cada sonido, cada susurro del viento, lo despertaba de inmediato. Su escondite, ubicado en una pieza de tubería con ambos lados caídos, formando como una isla elevada de bronce, no era del tipo que la mayoría de los lemures podrían alcanzar.

Pero algunos sí podrían, y ese conocimiento había sido suficiente para llenarlo de sudores de miedo.

Ahora, sin embargo, contaba con la última carcajada. Bajó la cuerda y regresó al suelo, descubriendo que los santuarios habían vuelto, aunque gran parte de la torre seguía en ruinas. Las puertas que habían dejado abiertas ayer estaban abiertas de par en par, invitándolo a entrar, y respiró profundamente.

Era momento de comprobar si arruinar sus finanzas valía la pena.

--

Ira llegó exactamente a las siete, armada hasta los dientes: mosquete, pistolas, espada y dos cuchillos. No quería tener un enfrentamiento con ella.

Con cautela, se acercó a las puertas abiertas del santuario, solo para detenerse en seco. Como era lógico, puesto que Tristan había recogido previamente las caltrops de Silumko y las había esparcido frente a la puerta como un foso. La Someshwari miró dentro del santuario y no vio a nadie, pero había muchos escondites allí. Sabía bien que sería pan comido esconderse con un mosquete y disparar a cualquiera que intentara limpiar las caltrops, hasta que el paso se abriese.

“No hace falta esto,” dijo Ira. “Aún quedan dos lugares, podemos trabajar juntas.”

Si Cressida no hubiese extendido su mano en señal de acuerdo, Tristan se comería su sombrero recién adquirido.

Ira desabotonó su espada en funda y empezó a apartar con cuidado las caltrops, siempre vigilando el interior del santuario en busca de un cañón afilado. Ella ocupaba sus manos con lo que Cressida le señaló. Ambas se miraron con cautela, pero el intercambio de cortos gestos asintiendo sirvió para aliviar la tensión.

“Podemos despejarlos adecuadamente, él no disparará,” afirmó Cressida. “No tiene esa intención.”

Había en sus palabras un leve tono de desprecio, que le revolvió el estómago a Tristan.

“Tú primero,” contestó Ira con sequedad.

Después de un minuto de que Cressida apartara las caltrops, la Someshwari quedó convencida y se unió a la tarea. A las siete y trece lograron despejar un camino, lo cual era bastante injusto ya que le había tomado por lo menos tres veces más colocar las caltrops. Entraron con las armas en alto, Ira advirtiendo que dispararían a simple vista, solo para que el silencio los respondiera.

Fue entonces cuando ambos notaron la puerta, que captó toda su atención.

Tristán colgó la cuerda y descendió desde la misma postura en la que había pasado la noche, aterrizando suavemente en el suelo mientras escuchaba fragmentos de conversación en el interior. Preparó los trapos y los fósforos. Ahora estaban cerca de la puerta de bronce con los sellos dobles

que había robado en el otro santuario más temprano, la cual estaba ahora trabada en medio del único pasaje abierto, bloqueándolo por completo, salvo por una franja libre arriba y abajo.

“-si la encajó allí, podemos arrancarla,” decía Cressida.

“Él estará esperando con una pistola al otro lado,” dijo Ira. “No sé cómo llegó tan temprano, pero—”

Tristán se acercó sigiloso a las puertas, apoyándose contra la pared tras apartar las caltrops que estaban en su camino. Ambas discutieron por un momento, hasta acordar al menos que la rejilla debía ser retirada. Se detuvieron después, como si esperaran que él se revelara, pero estaban entendiendo mal la naturaleza de su plan aquí. La rejilla no estaba diseñada para detenerlos en absoluto.

“Está bien, dame espacio y cubre el ángulo,” gruñó Ira. “Cambiaré de forma y la arrancaré.”

Si algo que requiriera fuerza tenía que hacerse rápidamente, Tristán había sabido desde el principio quién lo haría y cómo. Había sabido que podría usarlo en el momento que recordó las mangas de Ira rompiéndose cuando se convirtió en un hombre de gran tamaño.

Porque eso significaba que cuando ella arrancara la puerta encajada, no llevaría guantes.

Se escuchó el sonido de metal rayándose, seguido de un sonido de sorpresa.

“Está húmedo,” dijo Ira. “¿Por qué todavía hay—”

“Mierda, límpiate las manos,” dijo Cressida con tono de retroceso. “Eso no es agua.”

No, el agua no era tan costosa. Eso valía un plata completa de Leche de Soltera, la versión del veneno tratada para que pudiera formar una capa sin secarse. Tristán revisó su reloj. Las siete y quince. Suponiendo que ambas palmas habían hecho contacto, ella debería estar bajando en unos minutos.

“Él tendrá un antídoto,” soltó Ira con suspiro. “Debe tenerlo. Villazar, maldito seas, tú—”

Ah, y el sonido de la pareja entrando rápidamente en el cuarto trasero. Esa era la señal. Tristán metió la mano en su bolsillo en busca de los fósforos, rallándolos y encendiendo los tres paquetes de trapos que había preparado antes de cubrirse con un paño en la cara. Entró en el santuario, lanzando dos en la sala principal y uno cerca de la puerta trasera.

El humo empezó a elevarse de inmediato, denso y oloroso.

“¿Escuchaste eso?” preguntó Cressida.

Date prisa ahora. A la izquierda de las puertas, la piedra que parecía un cuadrado con un triángulo de bronce en su interior. Tristán sacó la herramienta de éter plateada que había alquilado a Silumko, una X al final de un bastón que presionó una vez contra la superficie del cuadrado y luego

giró dos veces hacia el costado.

“Villawar,” gruñó Ira, ya empezando a tartamudear. “¿Qué shis?”

Se volvió y la encontró apuntándole un revólver. Tristan levantó las manos, retrocediendo hacia la puerta. Cressida echó una rápida mirada a las parras iluminadas, los vapores, y cubrió su boca con la manga del abrigo antes de dar un paso atrás. El movimiento distrajo a Ira, y en ese instante Tristan corrió hacia las puertas de entrada.

Tiró del lazo incluso antes de que sonara el disparo, sintiendo cómo la tensión aumentaba rápidamente, y la soltó en la misma respiración al lanzarse hacia adelante.

El disparo pasó justo por encima de su cabeza, esquivando de alguna forma la carne, pero dejando una raya en la parte superior de su nuevo sombrero y su cabello. El calor le quemó, pero encontró consuelo en el grito de furia de los que estaban dentro al ver que las puertas del santuario se cerraron tras él. El ladrón se levantó, pasándose la mano por su cabello ligeramente rapado y haciendo una mueca de dolor. Dos veces más cuando miró hacia abajo, al notar una caltrop clavada en su abrigo, casi rozando con su sangre.

—¿Qué llevan esas cosas, en realidad? —preguntó Fortuna, apoyada contra la puerta. —Te vi recoger el ícor del lemure que explotó, pero no reconocí ese frasco del armario.

—Sweetsleep —dijo, sacando su reloj—. El stock completo.

Son las siete y diecisiete.

—¿Les diste amapola? —bromeó Fortuna.

—Sí, el derivado que induce el sueño —respondió—. Espesado con su propia sangre, debe crear suficiente humo para llenar ambas habitaciones y algo más.

El verdadero problema sería evitar matarlos por privarlos totalmente de aire. Diez minutos era el máximo que estaba dispuesto a arriesgar, así que a las siete y veintisiete abrió las puertas como Silumko le había indicado, pero a un precio. El humo empezó a salir en torrentes, y Tristan esperó con su mazo en mano. No hubo movimiento alguno en el interior. Apagó los incendios con trapos y luego encontró a Ira junto a la puerta trasera, asegurándose de que aún respiraba antes de arriesgar una mirada al interior del cuarto trasero.

Allí yacía Lady Cressida Barboza, con el sombrero de la cuerda dorada cubriéndole el rostro, aparentemente durmiendo como un bebé. Le apartó el sombrero con cuidado, brandiendo su mazo, pero ella no reaccionó. Le despojó de sus armas, y luego regresó a la otra habitación para hacer lo mismo con la Someshwari. Todas las armas las arrojó afuera, antes de forzar la entrada al santuario y meterlas dentro, colocándolas una frente a otra como si estuvieran en una bañera.

Eso seguramente daría lugar a un despertar interesante —pensó. Su mirada se quedó en la chica con quien había trabajado, aunque solo un día.

—Es más difícil no usar la baldosa —dijo en voz baja Tristan—. Pero si solo quería aprender algo fácil, ¿para qué venir a Scholomance?

Esperó solo en la sala trasera veintinueve minutos, hasta que las cuentas de luz en el marco de acero formaron una cortina. Pasó solo por el pasaje.

•  
Tristan atravesó la cortina de luz y emergió en el Infierno.

Estaba en las calles de Tolomontera, aunque apenas podía decirlo: parecía como si todo el mundo estuviera en llamas, con cortinas de humo que oscurecían incluso las luces del Gran Orrión mientras un estruendo sordo de fuego recorrió la ciudad. Que el fin del mundo estuviera en marcha no parecía impedir que la batalla siguiera su curso, como era de esperar, con hombres cubiertos en armaduras luchando con lanzas contra jinetes armados con cascos que cubrían el rostro — ¿y esos diablos? —.

Es mejor encontrar esa puerta roja rápido.

El lado norte de la calle era un escombros en llamas, la parte que conducía, según él pensaba, al puerto, estaba siendo ocupada con entusiasmo por un diablo y sus víctimas mucho menos entusiastas, mientras que el otro lado era—uh, ese tenía que ser el hermano Tristan más grande que había visto en su vida. ¿Y todavía tenía luces encendidas? Aunque el hombre de ojos grises no era un gran aficionado al sexo, admitámoslo—si quería que extraños se presionaran incómodamente contra él, se abriría paso entre la multitud en la distribución benéfica de pan—pero creía que ni siquiera los partidarios más fervientes de esa afición se atreverían a satisfacer su deseo mientras la ciudad era saqueada a su alrededor. Se escucharon disparos a lo lejos, sobresaltándolo, y el ladrón se dirigió calle arriba hacia el burdel.

Era un edificio de tres plantas con alas laterales y varios balcones, ocupando la mayor parte de una cuadra urbana, y las ventanas de vidrio habían sido tapiadas con muebles. La puerta principal, pintada de verde, tenía aldabas con forma de... bueno, algo con lo que Tristan luchaba por creer que a alguien le gustaría que le dieran golpes.

“¡Deténganse!”, gritó alguien, y el ladrón levantó la vista.

Un mosquete voluminoso le apuntaba desde un balcón superior, una mujer de mediana edad con rostro altamente polvoriento miraba con expresión severa. No, no era un mosquete. Lo que debió haber sido antes: apenas más que un tubo de metal en una pieza de madera, una cuerda pequeña con un nudo atado justo debajo del gatillo. Era lo bastante pesado como para que tuviera que apoyarla en la barandilla del balcón para mantenerla apuntando.

“No se acerquen más”, gritó en un acento antillano. “Vuelvan atrás, estamos cerrados.”

Tristan levantó las manos.

“Busco una puerta roja,” exclamó.

“¿No me oíste, muchacho?”, replicó la mujer con dureza. “Estamos cerrados.”

Él frunció el ceño.

“¿La casa de prostitución se llama la Puerta Roja?”, preguntó.

“Última advertencia,” dijo ella. “Vete.”

Eso era suficiente confirmación. Había pensado que esa nota en la capilla era demasiado sencilla. Lo más probable era que hubiera alguna puerta pintada de rojo cerca de allí que condujera a un pozo lleno de escorpiones o algo por el estilo. Ahora solo tenía que ella se moviera primero.

“Tu puerta está pintada de verde,” se quejó Tristan. “Es muy engañosa—”

Vio cómo su cuerpo se tensaba un segundo antes de tirar de la cuerda. Ese arma era voluminoso, casi más como un pequeño cañón portátil que una verdadera arma de fuego, y la mujer polvorienta no era grande: se preparaba para el retroceso antes de tirar de la cuerda.

Bien.

Corrió directo hacia la puerta, justo cuando pasaron dos latidos del corazón y ella intentó seguir su movimiento con la pistola—pero era pesada y él era rápido. Incluso mientras la mujer gritaba desde arriba, él alcanzó la puerta y la abrió de un tirón. Para su sorprendente sorpresa, efectivamente se abrió, revelando al otro lado a dos hombres grandes apuntándole con ballestas mientras un grupo apilaba muebles en un vestíbulo decorado con excesos.

Por esa puerta roja, había dicho la nota. Ese maldito sádico.

“Maldita sea,” dijo Tristan, y se lanzó a través del umbral cuando las flechas comenzaron a volar.

Se desplomó de panza en el suelo, el aliento ahogado, mientras una punta de acero le cortaba un mechón de cabello, y mientras jadeaba—

Miró hacia abajo, no a los baldosines demasiado coloreados, sino a la piedra gris opaca.

“Cuando te postras, no debes tocar el suelo con el vientre, sino solo con las rodillas y la frente.”

Apretando los dientes y con el sudor corriéndole por la espalda, el ladrón se permitió un momento para cerrar los ojos y apoyar la cara contra la fría piedra. Solo después de unos sólidos diez segundos, se levantó gimoteando, poniéndose de rodillas y cruzando la mirada con una mujer de edad media, con mejillas redondas y ojos brillantes. Ella le sonreía radiantemente.

—¿Está esto dentro de la torre?—preguntó.

—No sé de qué hablas—dijo ella—. ¿Quién eres?

Él frunció el ceño. ¿No podía ni siquiera darle una respuesta clara ahora que había llegado hasta aquí? Se levantó, observando la habitación —apenas más que un armario, con un pequeño escritorio y una vela donde esa Malani había estado leyendo un libro mientras se sentaba en una silla tambaleante. Había una puerta a su lado, de madera y cerrada.

—Tristán Abrascal—dijo—. ¿Eres un profesor de Máscaras?

Si Hage había hablado con sinceridad, estaban obligados a responder correctamente esa pregunta.

—Soy tu madre—le informó la Malani—. No has estado comiendo tus verduras.

Sus labios se fruncieron. ¿Qué era esto? La mujer tembló, y fue entonces cuando lo notó. No temblaba como una persona, no properly; provenía de debajo de la piel, como si solo la estuviera usando.

—Eres un demonio—exclamó. —¿Otra vez?

¿Cuántos maestros demonio tendría la Krypteia? La figura con traje de Malani sonrió, pero antes de que pudiera responder, la puerta fue arrancada y abierta violentamente. Una niña Malani de diez años, con expresión furiosa, los miró a ambos, vestida con túnicas negras demasiado grandes y con lazadas rojas en sus trenzas.

—Cozen, si alguna vez vuelves a poner la llave en un estante alto, te voy a alimentar a los cangrejos— gruñó la niña—. Y tú, deja de darle lo que quiere. Un criptico debería saberlo mejor.

Tristán aclaró su garganta con dificultad.

—¿Perdón?

— Ella se alimenta del desdén casual, tonto—dijo la niña—. Esa mirada que le diste la tendrá insoportable toda la tarde.

—Tan despreciativamente despreciable—susurró Cozen soñadoramente—. Sabe a pimienta.

Tristán volvió a aclarar su garganta, cada vez más desconcertado.

—Yo soy—

—La última de Nerei, sí, todos estamos hablando de eso—dijo la niña—. Soy la Profesora Sizakele, docente en Guerra Aérea. También conocida como 'Deicida'.

—Me gustaría asistir a tu clase—intentó Tristan.

—Puedes—comenzó la Profesora Sizakele, pero luego estremeciéndose.

Bajo la atónita mirada del horrorizado Sacromontano, empezó a temblar y a estremecerse, cayendo al suelo. Él miró a la demonio, Cozen, pero ella parecía inmutable. Algunos segundos

después, la convulsión cesó y Tristan ya no veía a una niña, sino a una mujer en sus veinte años. Aquellas túnicas ya no estaban sueltas.

—Ugh—dijo la Profesora Sizakele—. Como decía, puedes comenzar a asistir en las tardes del primer día, de una a seis. Cozen te entregará una piedra angular y te mostrará el atajo.

Tristán volvió a aclarar su garganta por tercera vez.

—Para no ofender—dijo—pero si puedo preguntar...

—Algunos dioses son penosos perdedores—respondió la Profesora Sizakele—. En una hora envejeceré diez años, lo que significa que muero tres veces al día. Eso me requiere ayuda, para la cual fui maldecida con la asistencia de Cozen.

La demonio saludó felizmente con la mano.

—¿Este es el precio del contrato?—preguntó.

—No. Vencí a un dios de la muerte Someshwari con acertijos, pero ese bastardo intentó quedarse con la inmortalidad—contestó la profesora con indiferencia—. Resulta que las palabras para 'inmortal' y 'continuo' son iguales en Ghantalasa, y él encontró eso muy divertido.

Ella sonrió.

—Obsérvese el tiempo pasado—dijo la Profesora Sizakele, ajustándose las túnicas en su figura recién crecida—. Pero basta de charla. Espero otro alumno y no aceptaré que se doble el cupo, así que debes irte. Cozen te acompañará.

El quedó allí de pie, sintiendo que todo parecía el después de una tormenta, hasta que la demonio le cruzó la mirada y lentamente arrancó una página de su libro.

—Eso no va a funcionar—le advirtió ella.

—Simplemente me gusta romper cosas—sonrió.

Funcionó, maldita sea.

—

Hacer que Cozen hiciera lo que se suponía que debía hacer era como sacar muelas, pero finalmente Tristan recibió una 'piedra angular' —una pequeña llave de cerrojo hecha literalmente de piedra— y fue conducido a través de una habitación de la torre tan rápidamente que apenas pudo ver su interior antes de ser guiado por una puerta que serviría como un umbral de regreso a la capa que el diablo llamaba 'el Aterrizaje'.

Al otro lado no había una sala, sino un foso, en el que Cozen lo empujó.

Aterrizó de nuevo en Port Allazei mientras era saqueada, así que esa parte era cierta, y además en las afueras de la pelea. Frunciendo el ceño mientras seguía las indicaciones del diablo para salir de la capa, Tristan estuvo atento a cualquier movimiento. El fuego todavía no había llegado tan lejos, así que navegaba principalmente por las luces del Orrery, girando cuando se le indicó y llegando a la vista del puente de piedra que era su salida.

Pero allí había alguien de pie en él.

El ladrón se quedó quieto. Cozen había sido clara y dolorosamente en decir que el camino debía estar desierto en ese momento en la capa. Entonces, debe tratarse de un visitante. ¿La alumna que los había superado a todos para llegar a la torre? Admitiría cierta curiosidad por esa identidad, lo suficiente como para arriesgar que lo vieran. Con cuidado, se acercó a la silueta. Era una mujer, que vio de espaldas. Cabello oscuro, de su misma estatura. Miraba hacia la distancia, casi pensativa.

Al llegar a los pies del puente, no había más cobertura para esconderse —y una máscara que se mostrara sin ocultarse podría ser peligrosa—, así que carraspeó para anunciarse.

—Buenos días—dijo Tristan. —No esperaba que—

Entonces ella giró y el ladrón se quedó inmóvil.

—¿Maryam?